

IAN WATSON
EMPOTRADOS
Premio Apollo 1975

SUPER
FICTION



Un lingüista especializado en la reeducación de niños autistas, un antropólogo que estudia las tribus de indios del Brasil, y un grupo de investigadores espaciales, entran en contacto con los extraterrestres Sp'thra. Mientras éstos se muestran interesados en la especial experiencia lingüística de los indios, a fin de inventariar la percepción humana de la realidad, los investigadores terrestres buscan el modo de “perfeccionar” el lenguaje. Pero tales experimentos no van sin riesgos, como el de hacer estallar una crisis política internacional. Que la ciencia-ficción sea capaz de asimilar disciplinas tan esotéricas como la psicología, la antropología y la lingüística, construyendo además un relato de fascinación superior a la de cualquier novela convencional, es otra muestra de que la originalidad del género está lejos de agotarse.

1

Chris Sole se vistió de prisa. Eileen le había llamado ya una vez. Cuando lo hizo por segunda vez, el cartero había aparecido ante la puerta.

–Carta del Brasil –gritó ella desde el pie de la escalera –. Es de Pierre.

¿Pierre? ¿Para qué habría escrito? La noticia le intrigó. Eileen había estado tan distante y tan reservada desde el nacimiento de su hijo..., entregada a sí misma, a Peter y a sus memorias. No era éste un desapego que a él le resultara ya particularmente fácil de romper, o que, para ser francos, le preocupara. Así, pues, ¿qué efecto iría a tener en ella esta carta de su antiguo amante? Él confiaba en que no acarrearía demasiadas complicaciones.

A través de la ventana de la planta baja se divisaba un retazo breve de campos oscuros, algunas casas del personal perteneciente al hospital, el mismo edificio del hospital a media milla de distancia en lo alto de una colina. Sole echó una rápida mirada y se estremeció con matutino desasosiego. Era ésta una sensación que le asaltaba a menudo desde que se levantaba hasta que llegaba al hospital.

En la cocina, Peter, de tres años de edad, estaba haciendo un sonoro revoltijo con su desayuno, mezclando en la taza copos de avena con leche, mientras Eileen ojeaba la carta.

Sole se sentó frente a Eileen y extendió mantequilla en una tostada. Examinó casualmente el rostro del niño. ¿No recordaban aquellos finos rasgos de zorro la imagen del

Pierre retratado en su infancia, en medio de un campo de margaritas en algún lugar de Francia? El niño apuntaba ya el mismo carácter exigente de Pierre y tenía asimismo los brillantes ojos castaños de un zorro al acecho.

La cara de Sole poseía una especie de distinción: ridícula. También era una cara bien proporcionada. Si se colocaba un espejo a lo largo de su nariz no se obtenían dos caras, como ocurre con la mayoría de la gente, sino dos mejillas idénticas. Este equilibrio de sus rasgos faciales resultaban al principio impresionantes pero en práctica hizo que, a la postre, una parte del hombre fuera eliminada por la otra, sobre todo a medida que fueron pasando los años.

Sole miró a Eileen mientras ésta leía. Ella era un poco más alta que él, y sus ojos tenían un tono que su último pasaporte define como grises, aunque también se podría decir sin reparos que eran azules, en África parecían más azules; era el azul de las piscinas y de los cielos abiertos, que ahora el papel del correo aéreo reflejaba tímidamente.

África. Aquellas tardes cálidas; sosegadas, cuando las ventas abiertas no proporcionaban aire a la vivienda, y la cerveza salía caliente de la nevera, llena hasta los topes. Los edificios de la universidad, con su luz indecisa allá en la colina, y el vivo color amarillo de la ciudad a doce millas de distancia, junto al mar, con la asfixiante oscuridad acompañada por el rumor de los tambores. Buenos tiempos aquellos, aquellas relaciones, aquel vivir juntos antes de que asomaran la tristeza y las contradicciones. Antes que Pierre cruzara la frontera y se adentrara en el Mozambique libre con la guerrilla del Frelimo para estudiar la sociología de la liberación entre los makonde, que habitan las lejanas orillas del río Ruvuma. Antes de que Sole oyera hablar del agradable y lucrativo puesto que le esperaba en este hospital inglés: Antes de aquel último y decepcionante encuentro con Pierre en París, hacía ahora cuatro años, cuando Eileen pasó una noche con el francés y re-

gresó a la mañana siguiente convencida de que sus vidas se habían separado y seguían derroteros muy distintos.

–Parece ser que ahora vive con esta tribu en el Amazonas –comentó ella–, pero los nativos se rebelan y luchan con flechas envenenadas y toman drogas.

–¿Puedo leerla?

Eileen retuvo la carta todavía un momento, apretándola con sus dedos como para indicar que era de su propiedad; después se la alargó a Chris con un amargo gesto por el amor perdido, qué hirió a éste porque no iba dirigido a él.

–¿Quieres que la lea en voz alta? –le preguntó Chris.

Él temía que su voz privara a aquellas líneas del contenido emocional que poseían para ella; reduciendo lo que era una carta de amor a la condición de pieza folclórica o política: ¿Por qué hacerlo entonces? ¿Para hacer una especie de contribución física al diálogo entre Pierre y Eileen; al que en el plano emocional él no había sido capaz de sumarse; pese a haber recogido el fruto de las ideas del francés? ¿O para demostrar que las ideas eran más importantes, y rivalizaban con la evidencia del amor que Eileen sentía por Peter?

–Eileen...

–Ahora no puedo concentrarme. El niño está vertiendo la leche en la mesa. Léela tú mismo. Yo terminaré de hacerlo después.

Mientras limpiaba la boca del niño con un trapo, Eileen observó atentamente sus rasgos, luego le ayudó a coger la cuchara y con la otra mano recogió los copos de avena que habían caído y los echó en su plato.

Sole atenazó codiciosamente la carta con su mano, como un escolar que no quiere que le copien, y leyó.

Tal vez os sorprenda que recurra a vosotros, Chris y Eileen, para dar rienda suelta a mi enojo, ¡después de tanto tiempo! Pero a lo mejor tú,

Chris, me entenderás si te digo que hay una especie de extraños hilos que se extienden a lo largo de los tiempos y países para unir entre sí pueblos, lugares y acontecimientos dispares. ¿Es éste un pensamiento demasiado místico para interesar a un marxista? En este caso concreto es aquel disparatado poema surrealista de Raymond Raussel, sobre el que tan a menudo hablábamos en África, el vínculo entre vuestros descubrimientos y los míos, aquí y ahora, entre una tribu del Amazonas.

Estas gentes se encuentran ante un dilema terrible, sentenciados a perecer ahogados si se quedan donde están, o destruidos por aria vida en barracas de hojalata, aguardiente; prostitución y enfermedades; si son lo suficiente sensibles como para abandonar el curso de las aguas que incluso ahora cubren toda la superficie de su mundo. No hace falta decir que a nadie preocupa por qué opción se decidan:

En África los problemas parecían tan simples comparadas con los de aquí, en el corazón del Brasil... En la selva de Mozambique resultaba fácil encontrar una tarea respetable apreciada. Hasta el más esquivo miembro de la tribu de los makonde sabía lo que eran 'temor' político, estaba al corriente de la «política» como tal.

«¡Maldito sea! –pensó Sole, molesto al ver el nombre de Roussel–. Allá Pierre con esas pretensiones de cambiar el mundo. Todo lo que te pido es, que me dejes en paz para poder descubrir qué es realmente el mundo, cómo ve el mundo el cerebro humano...».

Pero, ¿cómo pueden descubrir estos indias diferencias entre los demás *caraiba* –palabra por-

tuguesa con que los indios designan a todos los extranjeros, incluidos los mismos brasileños descendientes de europeos— y yo? Todos somos extraños, gentes de fuera, franceses; americanos. De derechas, de izquierdas: Todo es igual. Caraiba.

Quienes están al corriente de la política, y de la política sobre el proyecto amazónico, parecen tan distantes:... Hombres de ciudad enzarzados en luchas de ciudad. Y cuando se desplazan al campo para luchar, ¿qué tienen que hacer con los indios en sus bosques? ¿Qué han de hacer hasta destruir a los indios como tales y convertirlos en pobres y afligidos civilizados? ¿He de pronunciarme a favor de un zoo humano en el que estos curiosos salvajes puedan seguir viviendo su interesante vida? Por más que me cueste confesarlo, sí, ¡para los indios puede haber una solución no política!

¡Qué satisfecho está el gobierno brasileño con esta distracción que le han endosado los americanos! La gloria de construir el mayor mar interior de la Tierra, la única obra humana se puede ver desde la Luna.

Se trata de un proyecto político, aun cuando sus víctimas no saben de política, y tampoco se las puede instruir en política sin inculcarles una especie de virus que las destruiría, Esta es la paradoja que me atormenta: mi propia impotencia. Yo sólo puedo registrar la muerte de esta gente singular, legar la aclaración al futuro. Y, para consolarme, escuchar la cinta con el disparatado poema de Roussel.

Sole se estremeció. Un caliente sol africano acostumbraba a presidir sus conversaciones sobre Roussel, y en-

tonces la misma idea de sus investigaciones parecía tan inocente y cautivadora... Recordó la vista de tejados rojos desde la terraza de un bar. Paredes encaladas y relucientes. Árboles frondosos: Una mezquita. Peugeots y Volkswagens, aparcados abajo, en la calle polvorienta. Los vendedores de esculturas, agachados; con pantalón corto y camisas ajadas, mientras las nativas pasaban en chancletas, sus cuerpos arropados con velos negros; con bultos balanceándose sobre su cabeza Las botellas de cerveza encima de la mesa endeble, pegajosa a causa de la condensación; y mientras tanto Pierre y él hablando de un poema que al cerebro humano le resultaba imposible de comprender. Qué máquina habría de construirse para leer...

Entonces todo era cálido e inocente, pero ahora, cuando Vidya Vasilki, Rama, Gulshen, y los otros estaban estudiando Ambientes especiales en el hospital, los recuerdos de aquellos tiempos felices resucitados por Pierre cobraban fuerza de acusación.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Eileen levantó su mirada del niño y le dijo secamente:

—Chris, hay algo que desearía preguntarte: Luego ya terminarás de leer la carta:

—¿Qué?

—No es nada importante, creo yo. Sólo que estuve hablando con una mujer del pueblo, cuyo marido trabaja como jardinero en el hospital. La mujer me dijo una cosa extraña.

—¿Sí?

—Me dijo que enseñas a los niños un lenguaje impropio.

Sobresalto.

—¿Un lenguaje impropio? ¿Qué quería decir con eso la mujer? ¿No sabe que éste es un hospital para niños que no pueden hablar correctamente, niños que han sufrido

lesiones cerebrales? Pues claro que hablan un lenguaje impropio...

Al repasar distraídamente las líneas que acababa de leer; Chris se vio asaltado por algunas expresiones que ya no le dejarían en paz.

Expresiones tales como «zoo humano» y «proyecto político»: Sobre el papel, las palabras tenían un aura tenue en derredor, cubiertas por una especie de neblina como si su cerebro se resistiera a penetrar en ellas. Pero no desaparecerían. Su difícil legibilidad le irritaba, ponían a prueba su atención. Tal vez había llovido sobre el papel mientras Pierre escribía, emborronando precisamente estas palabras antes de que pudieran secarse.

Eileen observaba tranquila a su marido.

—Ya imagino qué se hace en tu departamento. Le repetí a la mujer cuanto me acabas de decir, pero ya sabes cuán dadas son a todo lo misterioso y confidencial las mujeres de este país: Ella dijo que sabía que el hospital estaba allí para otras cosas, para cosas ocultas y vergonzosas. Y lo oculto y vergonzoso era que enseñaban a los niños un lenguaje impropio.

—Bueno, ¿qué entiende ella por lenguaje impropio? ¿Cómo lo define? —inquirió él.

—Yo le hablé de lesiones del cerebro y de defectos de pronunciación —añadió Eileen encogiéndose de hombros—, pero ella se refería a otra cosa.

Sole bebió su café apresuradamente y se quemó. Rió.

—Me gustaría saber para qué cree esta bruja cotilla que estamos aquí. ¿Para enseñar a los niños a decir «joder» y maricón?

—No, Chris, no creo que la mujer se refiera a «joder» y a «maricón».

La mesa victoriana, en hierro forjado, junto a la ventana, estaba repleta de jarros con especias y libros de cocina. Había costado veinte libras en una subasta, y juntos la habían pintado de blanco cuando Eileen llevaba cinco

meses de embarazo, imaginándose al niño sentado en una tronera con Sole frente a él, bebiendo acaso una jarra de cerveza y enseñando a hablar al bebé en sus primeros intentos.

—¡La mujer del jardinero! Sencillamente, me parece un poco disparatado.

Pero Eileen seguía asiendo ávidamente a Peter, como si el niño estuviera amenazado por lo que ocurría en el hospital.

—Con Pierre solías hablar de lenguajes impropios. Entonces no te referías a palabrotas. Te referías a lenguajes censurables.

—Mira, Eileen, un niño pequeño habla un lenguaje impropio cuando su cerebro está dañado: Tiene deficiencias, y hay que llevarle por caminos llenos de rodeos.

—La mujer también dijo que...

—¿Sí?

—El hospital tiene una fachada y una trastienda. El verdadero trabajo se realiza en salas especiales en las que sólo se puede entrar con un pase. Y no curan a los niños; sino que los hacen enfermar. Aquí es donde aparece el lenguaje impropio. ¿O debo decir lenguajes impropios, en plural? ¿Es así más preciso, Chris? ¿Qué es realmente lo que se hace en la unidad? ¿Se trata de algo repudiable, o de algo que yo pueda aprobar?

—¡Maldición! ¡Una, mujer viniendo a explicar qué es un hospital! En todas partes hay salas cerradas.

—Pero éste no es un hospital mental.

Sole se encogió de hombros mientras percibía el espíritu al de un "zoo humano" tratando de atraer su mirada.

—Todo hospital que se ocupa de cerebros dañados es una especie de hospital mental a la vez que hospital físico. No se puede trazar una línea divisoria entre los dos. El lenguaje es una actividad mental. ¡Diablos! A mí me contrataron como lingüista, no como médico.

—Precisamente.

Eileen contempló con curiosidad cómo él doblaba la carta, la introducía en el sobre y luego se la guardaba en el bolsillo. No hizo objeción alguna a que Chris se la llevara.

Mientras se dirigía al hospital, Sole contempló el cielo que anunciaba un día azul, fresco y en calma; aspiró aire limpio, frío, y lo exhaló ante sí en forma de humo blanco.

¿Qué decir de Alaska, donde el esputo batía el suelo en forma de dura bola de nieve que rebotaba y rodaba? Eso sí que sería interesante.

¿O del Brasil?

¿Qué decir de Pierre? El confidencial, atormentado e ideal Pierre.

Era tan difícil imaginar la manera de ser de otra persona Y, sin embargo, ¿no era su trabajo en el hospital una forma de crear proximidad? ¡Oh Vidya y todos los demás! ¿Nos vais a de realmente qué es humanidad a cambio de nuestro pequeño acto de inhumanidad?

Inevitablemente, tarde o temprano alguien en algún lugar intentaría llevar a cabo esta serie de experimentos. El tema había sido tratado durante años en la literatura La fiebre de abordarlo se había convertido en una especie de pornografía al cabo de algún tiempo, en algo así como una masturbación científica. Educar niños en completo aislamiento para que hablaran lenguajes especialmente diseñados.

Sole siguió caminando por un sendero de arena, entre grandes esqueletos de álamos y arbustos como esculturales modelos del cerebro humano en acero, construidos en el hospital y desechados por excesivamente elementales.

La unidad estaba instalada en una enorme casa de campo a cuyos flancos y parte posterior se habían acoplado modernas naves funcionales, todo ello enmarcado por abetos que se extendían hasta más de media milla como

gigantesca mancha verde que cada año crecía en altura y densidad.

Sole había estado un par de veces en la plantación, pero le resultaba difícil andar por ella, repleta de enmarañadas ramas y desniveles bajo los pies. Además, entre los árboles no había nada que ver, a no ser otros árboles. Allí no había valles u hondonadas, ni senderos que los surcaran.

(Cincuenta pies hacia el interior de la oscura mancha verde, y surge un mundo nuevo. El viajero pierde todo sentido de orientación: la monotonía y desconcierto de interminables extensiones de vegetación salvaje se abaten sobre él; para recorrer cien yardas tienen que reptar sobre la barriga, saltar por encima de troncos abatidos y serpentear por entre una densa red de maleza; o abrirse paso de la forma más agotadora e inverosímil que uno puede imaginar...).

La elegante mansión central estaba enmarcada de forma incongruente por las naves laterales de hormigón. Delante de aquélla, dos leones de piedra mostraban sus garras en un prado manchado con madrigueras de topos, Erupciones color marrón marcaban el césped como furúnculos en el conjunto otrora delicioso. ¡Cosas del jardinero sin duda!

La figura en gabardina tornasolada que avanzaba por el sendero correspondía al bioquímico Zahl.

Sole metió aún más adentro en su bolsillo la carta de Pierre, temiendo que, de no hacerlo, se le pudiera caer y perderla antes de haber tenido tiempo de leerla.

Media docena de coches estaban aparcados en el prado, y una ambulancia de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

El rótulo de latón decía:

UNIDAD DE NEUROTERAPIA HADDON

Sole empujó la pesada puerta Y fue asaltado por el aire caliente y seco del interior. Tras cruzar el vestíbulo; entre las salas de los pacientes a la derecha y el área de servicios a la izquierda, donde estaban la sala de computadores, las cocinas, los quirófanos y laboratorios, se detuvo junto al árbol de Navidad, al pie de la gran escalera de roble que conducía a las dependencias de las enfermeras.

Se perdían demasiadas agujas con este calor: ¡Qué mancha de verde se extendía por los mosaicos!

Una enfermera pasó por detrás de él, empujando un carrito cargado de platos sucios procedentes del desayuno de los niños; lo hacía con gracia, y el carrito se deslizaba sobre sus ruedas de goma. El único ruido que denunciaba su paso: una débil percusión de la porcelana deslizándose por la loza grasienta.

Gallardetes de papel recorrían corredores y vestíbulo. Globos colgados sobre las puertas, parecían exigir diferentes clases de atención. Atención azul. Atención verde. Atención roja. Distintas zona lesionadas del cerebro inflando burbujas faltas de habla.

¿De qué se llenarían las burbujas?

¿Acusaciones? ¿O la clave de la realidad? ¿El $E=MC^2$ de la mente?

La puerta de resorte se cerró tras él automáticamente. Se encontraba en un pasillo corto al final del cual había otra puerta. El cogió una llave, abrió la puerta y se dirigió hacia la nave trasera donde las ramas de los abetos llegaban hasta las ventanas acariciándolas. Por fuera, un corredor se extendía a lo largo de la nave.

El vidrio de las ventanas dejaba ver en su interior una trama de hilos cargados con corriente de bajo voltaje y controlados por una computadora, como parte del sistema de alarma.

Contemplando esta ala trasera desde las ventanas superiores edificio central se podían ver grandes claraboyas

opacas que aislaban las habitaciones a lo largo del pasillo: un acuario vacío.

Sole abrió su oficina, encendió las luces de neón para reforzar la débil iluminación invernal que entraba por arriba; luego, como hacía siempre, al llegar por la mañana, se sentó delante de la pantalla del monitor y lo conectó.

¿Un lenguaje impropio, Eileen? ¡Oh, sí, pero también es hermoso!

En la pantalla parpadeó y apareció la imagen. En una espaciosa sala de juegos ondulada, dos niños desnudos, de piel oscura, niño y niña; hacían rodar una gigantesca pelota playera. Las criaturas tenían tres o cuatro años. Otra niña desnuda iba tras ellos, agarrando un tubo alargado de plástico, y un segundo niño cerraba el cortejo manteniendo las manos hacia delante, como hace un ciego y divirtiéndose a su manera.

Sole pulsó otro botón, y de la sala de juegos llegó el sonido algunas voces. Pero no eran las voces de los niños:

Dominado el alboroto del primer momento, orientó la cámara a la gran pantalla mural de donde procedían las voces. En ella aparecieron, agrandadas, las imágenes de Chris Sole y de Lionel Rosson, operador de la computadora.

Las voces eran suyas, pero no exactamente las suyas. La computadora de sonido había grabado sus voces por separado y luego las había juntado. De lo contrario, sus palabras no habrían fluido naturalmente. Sole no podía haber formado las frases que acababa de oír pronunciar a su propia voz en la grabadora, sino en un estado de intenso nerviosismo. Eran frases en inglés, pero en un inglés muy extraño. La confusión se debía al ordenamiento de las secuencias de palabras. Las palabras eran en sí mismas muy simples. Como las de una conversación infantil. Pero habían sido dispuestas previamente no como correspondía a un lenguaje infantil, sino de tal forma que los adultos nunca en su vida podrían entenderlas si no disponían de

ellas en forma impresa, junto con las instrucciones necesarias para traducirlas de acuerdo con los esquemas con que la mente acostumbra a operar.

Era el lenguaje de Roussel.

Pierre se había sentido horrorizado y al mismo tiempo atraído por la ambiciosa forma en que Raymond Roussel había llevado su poesía más allá de los límites de la humana comprensión. Para Pierre, el poema *Nuevas impresiones de África* acabó por convertirse en algo así como una querida con la que se peleaba constantemente y de cuya fascinación, sin embargo, no conseguía liberarse; una querida cuyas maneras aristocráticas a él le repugnaban. Sole quería llegar a dominarla en aras de la lógica y de la justicia: si él, sólo él, pudiera llegar a conocerla profundamente en una larga noche de confidencias, se vería libre de sus tentaciones. Pero, al igual que todas las diablasas, este poema tenía sus recursos ocultos, sus trucos. Hipnotizaba. Producía pérdida de memoria.

La única manera de acercarse al corazón de esta diablasa –¡aunque sólo fuera para herirla en el corazón y poseerla!– consistía en escuchar las palabras que pronunciaba. Pero el amasijo que éstas formaban resultaba siempre inescrutable para la desvalida mente humana. Si un poema así había conseguida tan fácilmente hacer volar la lógica, ¿qué perspectivas se escondían aquí para reformar el mundo por la lógica? Esta querida era como una bruja elegante, una Salomé a quien no importaba lo más mínimo el Tercer Mundo y la pobreza, testimonio sempiterno, para Pierre, de la equivocación que suponía la opción estética en la vida. Belleza en lugar de verdad.

Y justamente ahora, por incomprensible que pueda parecer, ella estaba consolando a Pierre en medio de las injusticias que presenciaba en la jungla brasileña.

Fue esta contradicción la que movió a Sole a sacar nuevamente la carta en busca de orientación.